



EL DIARIO DEL ABUELO

Si: el abuelo lo lee desde el principio hasta el fin sin omitir una línea; porque su casa rústica, situada en la frontera, se une á la patria por medio de la prensa: este es su único lazo de comunicacion con el mundo, el telégrafo eléctrico que enternece su corazón con el sentimiento de las desgracias comunes, y que lo sublima al saber los triunfos de su país. No temáis que deje de recorrer hasta el último anuncio.

Pero un ruido llega á distraerle en su tarea: la carreta en miniatura se acerca, y con ella rodea al abuelo un enjambre de nietos. Los ojos del primero se separan de las columnas del periódico, y contempla con placer aquellos rostros frescos y joviales, que tantas esperanzas ofrecen para el porvenir. Ya no se acuerda de la política; los intereses de las naciones han desaparecido de su imaginación. El abuelo renace en sus nietos, y es feliz con sus juegos infantiles.

EL MARQUÉS DE CASA-PIZARRO.

El teniente general D. Ramon Garcia de Leon Pizarro y Zaldúa de Gamboa, marqués de Casa-Pizarro, virconde de la Nueva-Oran, caballero de la orden militar de Calatrava, gran cruz de Isabel la Católica, etc., nació en Oran, y á los diez y ocho años de edad empezó la carrera de las armas, conociéndose desde sus primeros años su firmeza de carácter y el talento que le adornaba, siendo el modelo de sus compañeros. Muy escasos son los límites de un artículo para la exacta descripción de los grandes hechos que inmortalizan la memoria de este español ilustre.

PRIMERO.

Siendo intendente, gobernador y capitán general de la provincia de Salta del Tucuman (América Meridional), llevado de su generosidad heroica, grandeza de alma y acrisolada lealtad, fundó á su costa, sin

el menor gravamen del erario y ninguna ventaja propia, en uno de los extremos de aquella estensa provincia, en que la feracidad del terreno, sus abundantes aguas, sus muchas y esquisitas producciones de distintos géneros, su situación, clima, rios, montes, bosques y demás, la hacian estar en una posición ventajosa, la ciudad de San Ramon de la Nueva-Oran, en la frontera del Gran Chaco Guayambá, reduciendo á la fé de Cristo y obediencia del rey de España, á los salvajes é indios pobladores de aquellas comarcas, que estaban siendo hacia mas de dos siglos el terror de los españoles conquistadores, en cuya población invirtió considerable parte de sus cuantiosos bienes de fortuna. En esta grande y magnánima obra fué el solo fundador y poblador generoso; la comenzó en 1795. Empresa gloriosa, dictada por un corazón amante de la verdadera prosperidad de su patria, al par que ilustrado.

Las tierras que repartió, los solares que en la ciudad fundada por él distribuyó, los pingües y costosos donativos y mercedes que hizo al suntuoso templo, que tambien á sus espensas erigió, plantando en medio de la mas arraigada idolatría la cruz del Redentor del mundo, para que en la Nueva-Oran tremolase con las armas de Castilla el glorioso pendón y hermosa enseña de Jesucristo, serian de muy prolija enumeracion, pero constan todos detalladamente en el Archivo de Indias. Por lo tocante á la iglesia matriz, el magnífico fuerte de piedra que lleva su nombre, situado á diez leguas de la ciudad, en una campiña á que puso el nombre de Zaldúa, dotándole de su correspondiente guarnicion á sus espensas, hospital, cementerio, cárcel, casas consistoriales, dos puentes, y otros útiles establecimientos públicos, basta recordar que desde la cruz de la cúpula hasta el mas hondo cimiento de dichos edificios, y desde el oro de los alfares hasta la última prenda de las destinadas á las necesidades del culto, todo fué desinteresada ofrenda costeadá del propio y particular peculio del generoso fundador. El camino desde Salta, para carruajes, de ochenta y nueve leguas de estension, obra suya tambien, además de los beneficios que reportaba á la poblacion, facilitaba la cirenizacion reciproca, con fomento del comercio de todos los frutos territoriales de la provincia del Para-

nos y partidos de Santa Fé, haciendo la suerte de tantos infelices colonos, que de indigentes algunos de ellos se miraban después con todas las comodidades necesarias á la vida humana, asegurando aquella frontera de toda invasión de indios, y obligando á los neófitos á la vida civil, al trabajo y doctrina.

En cuanto al raro y noble desinterés con que procedió en el repartimiento de las tierras que pobló, bastó decir para probar el celo que desplegó, que después de haber acomodada en Nueva-Orán á más de doscientos cincuenta vecinos cabezas de familia, y repartido una estension de terreno de cien leguas en cuadro, no se reservó para sí, á pesar del ámplo derecho que le concedía la ley de Indias, *mas que siete palmos de tierra para su sepultura* en una capilla de la misma iglesia matriz que edificó, de la que era patrono. Formó de los colonos un escuadrón de dragones de tres compañías de cincuenta plazas, el que aumentándose mas tarde, según fué tomando incremento la poblacion, se llegó á formar un regimiento que se llamó del Nuevo-Orán; les distribuyó de su cuenta caballos, armas y arreos, y les nombró sus jefes, para que resistiesen cualquier tentativa de los todos enemigos; nombró cabildo, ayuntamiento, y formó acertadamente las ordenanzas que les habian de regir. Por último, después de arrostrar grandes dificultades, que venció con un tesón y perseverancia extraordinarias, concluyó tan grande obra, y para conocer la importancia de esta fundación, no hay mas que decirlo que en el término de un año se compuso la ciudad de 4,757 almas, se contrajeron sesenta y tres matrimonios y setenta y dos bautismos, se consagraron doscientas cincuenta haciendas de labor, dos molinos de agua á seiscientos varas de la ciudad, dos tahonas y otras muchas fincas.

Sirvió al rey por espacio de sesenta y seis años en el ejército, y por mas de cuarenta y cuatro en mandos políaco-militares en América, en los cuales hizo notables servicios, especialmente en los de Maynas, Hachá, Guayaquil, que le dio su magnífica fortificación, Salta del Tucuman, Charcas la Plata. Fue el que fijó los límites entre España y Portugal por la provincia de Quito y río Marañón, y el que batió á los ingleses en las costas de Guayaquil. En tan dilatada carrera militar y política, dió las mayores pruebas de valor, inteligencia y actividad, distinguiéndose en muchas acciones de guerra, tanto en las que mandó como en las que era oficial; promovió los intereses del estado con el mayor ardor y acierto; harmonizó las capitales de su mando; cuidó de todos los ramos de policía, especialmente en dar ocupacion útil á los huérfanos y vagos; limpió sus provincias de malhechores; estableció colegios y seminarios; y erigió muchas poblaciones, además de la interesantísima de la Nueva-Orán. La Plata en particular le debe un sin número de grandes beneficios: por el mismo descubrió un manantial de agua, y mandó empezar la obra para llevarla á la ciudad; pero habiéndose concluido los fondos de propios antes de acabarse aquella, inconsolable con esta falta, libró contra sus administradores particulares, hasta su completa conclusión. A estas esfuerzos por comuneros y dignos de un alma grande, le debe aquella capital un bien tan singular. Construyó paseos con obeliscos y vertederos de agua, cubrió todas las calles é hizo monumentos que la hermoseaban, y que según el estado común de todas las poblaciones de América, gozaba la ciudad de la Plata la prerrogativa de contarse singular y única en su superioridad. Por estas y otras razones que se omiten en obsequio de la brevedad, consiguió que la poblacion en el tiempo de su mando se aumentase de doce á catorce mil almas mas, creciendo proporcionalmente todos los ramos de industria y artes, agricultura y comercio, opulencia de las ventas eclesiásticas y civiles. Pero lo que mas llamaba la atención, era el modo suave y decoroso con que llevaba á efecto las empresas mas difíciles, visitando las obras, premiando con largueza á quien lo merecía, examinando por sí hasta los abastos de la ciudad, con igual vigilancia y acoso mas ántea menudencia que la que puede emplear un diligente padre de familia en los cuidados de su casa. Administraba pronta justicia, sazónada con la mas exquisita prudencia, sin excepcion de personas; y era tan querido que habiendo enfermado en marzo de 1807 con riesgo de alguna gravedad, no se oían mas que clamores, plegarias de los pobres á quienes diariamente socorra con la mayor liberalidad, rogativas y enternecidas voces por su salud, á las que inmediatamente sucedieron acciones de gracias en todas las iglesias en testimonio del universal regocijo de aquella populosa capital y provincia de su benéfico mando. En el año de 1804 gravó por todas aquellas provincias una calamidad tan general de hambre, y en algunas tambien de peste, que solo en Potosí perecieron trece mil personas. Por todas partes clamaban por pan, y sabiéndose en las provincias inmediatas á Charcas que en esta dichosa ciudad, su presidente Pizarro con sus acertadas medidas, energía, desvelos y socorros, mantenía á todo el vecindario con abundancia de todo género de comestibles, iban á hándanos los artesanos, perdidoseros, y muchas familias á su capital para escapar de una muerte segura, hasta el extremo que entrando estos agorizantes emigrados por la ciudad, caían de rodillas dando enternecidas gritos de alegría delante de los abundantes pilones de pan

que tenían los vendedores en los parajes de sus ferias. Como cada vez iba dando mas expansion á los dominios de S. M., conquistando nuevos terrenos de indios indies, en una expedicion hecha á este objeto, se hizo el descubrimiento de una rica mina de oro llamada La Pola, situada en la cordillera y á corta distancia del río Pícolmayo. Se sabe por tradiciones que los primitivos Incas del Perú trabajaron esta mina, y de ella sacaron mucho oro para sus templos y palacios, habiendo quedado oculta en tiempo de la conquista, hasta que por el mencionado motivo se descubrió.

Pero donde mas han brillado sus virtudes cristianas y políticas, ha sido en los años de insurrección. Firme como una roca en medio de las ondas irridadas contra toda seducción y ultrajes, dió pruebas notables de su fidelidad, resistiendo al impulso revolucionario con un valor de que no hay ejemplo en aquella época tan fecunda en heroísmos y desastres. Consta documentadamente que Pizarro fué un militar valiente, un general entendido y prudente, un escritor célebre (escribió varias obras literarias, además del *Viaje histórico á la América Meridional*), un matemático sobresaliente, un juez recto é intachable y de probidad nada común; un fundador sabio, previsor y cauto; un jefe bondadoso y paternal; un súbdito leal hasta el heroísmo, sufrido hasta el martirio; un padre tierno, un esposo amante, un español digno de este nombre.

II.

Llegaron los aciagos dias de la revolucion de América. Pizarro, después de cuarenta y cuatro años de mandos en aquel continente, se hallaba de gobernador y capitán general de la Plata, presidente de la real audiencia de Charcas, cuando estalló la sublevacion y el famoso motín de la noche del 25 de mayo de 1809, á cuyo impulso tuvo este ilustre varon que sostener los sagrados derechos de España, y el mando que con tanta gloria habia desempeñado. Defendió desesperadamente la autoridad que ejercía en nombre de S. M., y su casa palmo á palmo por tres dias consecutivos, después, perpetrada la insurrección, le depusieron del mando ignominiosamente, poniéndole preso con escolta de vista, como un reo de estado, por espacio de siete meses, en un cuarto húmedo y desmantelado, en la cruda estación del invierno, á pan y agua, dando órden á la guardia que lo custodiaba, de que se le disparase un tiro si se llegase á ver alguna tropa de las provincias limítrofes en su socorro. En una palabra le hicieron pasar cuantas degradaciones, zozobras y sinsabores son imaginables. Los asustados penetran en su palacio, le saquean todos sus bienes, despojándole de la autoridad bajo de la máscara engañosa de que así lo quería el pueblo; alzan el grito y difunden por toda la América que Pizarro era un traidor, calumniándole de que estaba en convenio con la serenísimas señoras infantas Doña Carlota Joaquina, princesa del Brasil (hermana del rey), en entregar aquellos dominios á portugueses y franceses. Al recordar aquellas infamias de Chuquisaca, habrá de llorar la América para siempre por esa primera bogaera del 25 de mayo de 1809 hubiese entendido sus llamas devoradoras sobre la ciudad de la Paz el 16 de julio siguiente, sobre Quito el 9 de agosto, sobre Cochabamba el 25 de setiembre, sobre Buenos-Aires el 23 de mayo de 1810, y progresivamente sobre todo el continente, haciendo correr torrentes de sangre.

En aquel estado de virey de Lima, teniente general D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, intentó por tres veces su salida, disponiendo que el mariscal de campo D. Vicente Nieto marchase con una division, de juez pesquisador de los escandalosos atentados, á su aproximacion á la Plata temieron á su superioridad los insurrectos, y obediendo, ponien en libertad á Pizarro; pero asegurado seria victima del pueblo, pues le odiaba; mas qué testimonio tan diferente y antítesis de veneracion y amor le tributó aquel pueblo, conduciéndole con vivas y aclamaciones, iluminando las casas, protestando que han sido engañados, y admirando con cariñoso respeto la persona de su infatigable bienhechor, que entre los muchos bienes que les hizo, les restituyó del hambre general que gravó aquellos países, siendo la única provincia que se libró de este azote! Con esta conducta y subsiguientes averiguaciones, quedó probada la falsedad é intriga de sus enemigos, y declarados reos, y en prision los principales motores, entre los cuales, porquenza se deció! se contaban algunas odores de aquella real audiencia. Estándose concluyendo el proceso por Nieto, llegó ya las tropas de los disidentes de Buenos-Aires á pasar el Perú, mandadas por el sanguinario escabilla Castellí, cuando Nieto remite apresuradamente los reos á las órdenes del virey de Lima, por no exponerlos á la suerte de una batalla; pero este desventurado y valiente general, al frente de sus pocas y no seguras fuerzas, tuvo la fatal suerte de ser batido por Castellí, inmolándole brutalmente como primera victima, por lo que empezó para Pizarro otra era de infortunios.

Al año cumplido del tumulto escandaloso de Charcas, cuando Buenos-Aires levantó el estandarte de la insurrección, Pizarro se declaró abiertamente por uno de los mas acérrimos enemigos de los insurgentes, y por el mas áfido defensor de su nacion y su rey, por cuyo motivo

se atrajo contra sí todo el odio y conjuración de los rebeldes, de modo que en las distintas ocasiones que subyugaron aquellas provincias, siempre fué maltratada y vejada su persona, saqueados los bienes que le habían quedado, y puesto en horrorosas prisiones, pues cada vez acreditaba mas la entereza propia de su carácter, no doblegándose ni á escuchar las proposiciones de oro y mando con que le brindaban sin cesar los insurgentes.

En la segunda vez que estos evacuaron la ciudad de la Plata, le hizo el cabildo y el pueblo que se encargase del mando, é inmediata-

mente se tomó la plausible resolución de mandar quemar á su presencia, por mano del verdugo, públicamente en la plaza las armas antimonárquicas. En esto dió otra prueba mas de la calumnia de su union con la infanta de España. La misma ciudad de la Plata, que sacándolo en triunfo de su prision le nombra por su presidente, Liniers, víctima también sacrificada en las aras de la patria, Cisneros, depuesto y espulso. Nieto, bárbaramente asesinado, Abascal, Guaqui, Vallehermoso, Concordia, Tacon, Pezuela y toda la América, calificó de impostura atroz de los enemigos de España, de la infanta y de Pizarro, la especie mon-



(El General Pizarro.)

triosa que inventaron para conseguir tan detestable fin, pues siempre fué uno de los jefes que con mas lesion se sostuvieron, y que con mas valor derramaron su sangre.

Este hecho, que bastaría para hácer grata su memoria, condenado en el foco de la mayor fermentación, escribió de nuevo contra sí todo el ancono y atroz venganza de los feroces insurgentes, pues apenas ocuparon la tercera vez aquella capital, donde se vió precisado á permanecer por no poder emigrar á causa de la avanzada edad de cerca de noventa años, la distancia, de mal camino y quebrado, y tener que pasar muy cerca de los enemigos, sin fuerzas suficientes, cuando el caudillo Rodriguez, intruso presidente, despues de quemarle la magnífica hacienda de la Media-luna, y despues de exigirle 20,000 pesos fuertes y el coste de las armas antimonárquicas, le sacó á viva fuerza de su retiro, conduciéndole á la plaza, donde se encontraba la tropa enemiga sobre las armas, y una hoguera preparada, obligándole á presenciar la quema del retrato del rey y armas españolas por mano del verdugo, paseándole despues afrentosamente con una soga al cuello con aspecto de reo á la vista del populacho, teniendo colgado su retrato con un perro muerto en la burra que habían puesto, concluyendo con la hipócrita espresion de que por la estimacion de sus canas no lo hacian con él, siendo así que el no haberlo ejecutado fué tan solo por captarse la voluntad del pueblo, al cual debió únicamente Pizarro su existencia, pues el amor y respeto que todos aquellos habitantes conservaron siempre á su anciano y antiguo jefe, hizo que los insurgentes no se atrevieran á atropellar con el último escándalo de su suplicio público; pero aunque no mancharon por el pronto sus manos con la sangre de esta víctima, no son menos culpables en su trágico fin.

El terrible lance de ver por sus ojos arrasar unos signos representativos de la augusta persona por quien tanto había padecido desde el 25 de mayo de 1809, le conmovió en un extremo, que sobreviniéndole un temblor extraordinario, tuvo que hacer cama. Estaba postrado en ella, cuando los insurgentes, sin el menor miramiento á sus canas, elevada posicion y quebrantada salud, le arrancan del lecho violentamente, poniéndole preso en una asquerosa é inmundia peselera de la casa de la presidencia, donde había estado mandando doce años, y le tienen allí desde las dos de la tarde hasta la una de la noche, que le notifican tiene que salir en el momento á pié, desterrado á las provincias de Abajo. Este cuadro no puede presentar todo su color, omitiendo el tropel de angustias y afrentas que le rodearon, hasta creerse no volvía del parasismo que le acometió. Pero ni este fatal accidente, ni sus achaques y senectud, fueron parte á reformar tan bárbara providencia, y seguramente hubiese sido víctima á los pocos instantes de su salida, si otros compañeros de su suerte y condicion no hubiesen rechazado del perjuro Rodriguez el rescatarse con oro, eximiéndose de este cruel destierro á favor de mas alzada cantidad que la anterior, y al entregarla dijo al oficial que no le quedaba consigo mas que un *espedin de oro para su Rafael*; y los perdidos ladrones, abusando de su candor y buena fé, se le roban acto continuo.

Se retiró en seguida al convento de San Felipe Neri, adonde le siguieron sus implacables enemigos, escarnejándole, amenazándole quitarle la vida, hiriéndole cruelmente y sin piedad; y recogido despavorido á la Iglesia del mismo, defendiéndose, sin alimento y solo recostado en un pellon que por compasion le suministraron á las pocas horas, no pudo resistir á la tortura que padecía, y se le encontró

cuanto al pié del altar del santuario parvo, fijó los ojos en el Santo-Cristo que se venera en aquella capilla, á cuyos piés quedó cadáver el día 6 de diciembre de 1815, á los ochenta y seis años de edad. Los insurgentes se apoderaron inmediatamente de los pocos bienes que le habían quedado, y que encontraron ocultos en los claustros, sin haber querido entregar á los padres del convento lo preciso para su funeral y enterramiento, de suerte que este bizarro y sabio general español, fué sepultado lejos de su patria, sin ninguno de los honores que le correspondían.

Tal fué el desastroso fin de este hombre, el decano de los jefes de América, abandonado, sin familia (pues su hijo único se hallaba en España y llegó á los pocos días de su fallecimiento), sin auxilio, víctima de su fidelidad y de su honor, escarnecido, formando en su respetable persona un simulacro ignominioso del vilipendio, perdiendo, tanto él, como su familia, los grandes bienes que formaban su rico patrimonio, dejándole reducido á una decrepitud colmada de padecimientos y amarguras. Está en la segunda parte del triste día del 29 de mayo de 1808; los sesenta años que sobrevivió á este fatal acontecimiento y á la revolución, al paso que fueron nefastos para aquella región montañesa, fueron una continuada cadena de hazanas y desgracias para este ilustre general. No pudiendo los sediciosos, que después hollaron y esquilmaron aquella floreciente provincia española de Perù, vencer ni con promesas ni dádivas su indómita constancia, le calumniaron con la nombre patria, y por la que tanto había trabajado, contando con que podrían sofocar la justificación del inocente, una vez cautivo él, así como Fernando VII lo estaba, por Napoleón, y las provincias americanas declaradas independientes. Las últimas angustias, desamparo y muerte de tan anciano general, que ni aun llegó á saber el agradecimiento de S. M., al paso que son un timbre ilustre para su familia, es un memorable ejemplo de lealtad para los buenos servidores de su patria, y de resignación y firmeza cristiana en las adversidades de la vida. Por último, la conducta del digno sucesor de la familia de Francisco Pizarro, del teniente general marqués de Casa-Pizarro, en veintena y cinco años que sirvió al estado, desde Felipe V hasta Fernando VII, es un lejido de hechos extraordinarios.

La memoria de españoles como Pizarro honran á la España, y son un vivo cuadro de la hidalguía castellana.

Los grandes servicios de este ilustre general y sus muchos padecimientos por conservar pura é íntegra su fidelidad, dan honor á su nombre.

A.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA QUINERA.

Porque famoso hecho un perro,
desobediendo al señor,
le tiró los trascazados
al señor de la manada.

(Quinero.)

En el campo de los Cuarteles, frente á la denegrida tapia que debió ser fachada del parque de artillería, se eleva un edificio circular, en cuyo cuerpo avanzado se descubre aun, si bien maltratado por el tiempo y por las pedradas de los muchachos, un frontispicio dórico sostenido por cuatro columnas del mismo orden, cuyos festos socavados y en la mas completa degradación, adornan al que cualquiera creería ingreso principal de aquel edificio; pero en vez de puerta solo hay allí un nicho, cuya frágil estatua há mucho tiempo que, como la célebre de Nabucodonosor, fué derrocada por una piedra. Este huaco, trascurridos años después en escenario de pulchreidad, sirve hoy para menesteres hábilmente limpios, y los amantados sillares destinados á la obra de la brecha que encierran sus inmediaciones, favorecen singularmente el nuevo destino que se ha dado á aquel sitio, en otro tiempo uno de los mas públicos de Cádiz.

Este templo de dos cuerpos, terminado por una cúpula octógona, no encierra en su recinto, como pudiera creerse por su aspecto, ninguna divinidad genérica, sino solamente una obra ó rueda hidráulica destinada á elevar las aguas para una fuente que allí junto existía, así como para proveer á la del Hércules de la Alameda, que aun en estos últimos años hemos visto correr tal cual día de clásica celebridad, con notable admiración de los gaditanos.

Pero no siempre un montón de escombros, con honores de muladar, fué el único compañero de esta noria, ni solitaria y aislada siempre, como el áve del desierto, ostentó aquella obra sin grietas firmes sobre el parapeto de la arruinada muralla que le es contigua; en otro tiempo, por el contrario, servía de centro á un paseo adornado con glorietas

circulares rodeadas de árboles, los cuales se prolongaban además formando calle hasta mas allá del castillo de Santa Catalina. Este paseo de efímera existencia, y del cual hoy ya no queda vestigio alguno, es el mismo que la voz del vulgo bautizó de propia autoridad con el nombre de *Alameda del Perejil*.

Era una tarde de verano del año de gracia de 1799; es decir, que espiraba para Cádiz el siglo de las flotas y de la botija, para hacer lugar á otro cuya escena debía abrirse con una epidemia mortífera, preludio de la maléfica influencia que estaba destinado á ejercer sobre la entonces opulenta y feliz ciudad de Hércules. El buen humor, casi siempre compañero de la abundancia, prestaba en aquella época, mas lejano de nosotros por las circunstancias que por los años, una animación casi inusitada en nuestros días; y las reuniones, los toros, los paseos, todo en fin aparecía envuelto en una atmósfera de magia, producida sin duda por las emanaciones del precioso metal, que, con perdón de algun filósofo, es sin duda utilísimo en el mundo.

Merced á todo esto, la nueva Alameda presentaba el día de que hablamos un aspecto encantador, á que contribuía la apacibilidad de la tarde. Un concurso numeroso obstruía las calles del paseo, ostentando en sus trajes tanta y tan prodigiosa variedad de formas y de colores, que con razon quizá pudiera merecer hoy el anatema, ó cuando menos la burlesca sonrisa de nuestros jóvenes elegantes de uno y otro sexo, hábil mas sombríos que sus padres en el estrepitoso adorno de sus personas. Consistía esto en que la majera, episodio un tiempo de la elegancia, habia acabado por amalgamarse con ella en términos que la juventud de aquella época, como el Proteo de la antigüedad, se veía obligada, por sancionada costumbre, á mudar de formas en determinados actos y días, en los que el no ir de más fuera un crimen de lesa petimetrería (pues el nombre de paquete es de resaca mas moderna), siendo por tanto entonces un castoreño y un capoton con alamares y embozo de franela moteada, tan indispensables en el guardapelo del mas albarado petimetre, como la moña de flecos, que á par del grave catafalco y la alegre caramba, rodaban sobre el fragante locador de la mas melliflua madamisela.

Observa, pues, como decíamos, las glorietas del paseo, multitud de personas mas ó menos ricamente ataviadas, entre las cuales, segun en todos tiempos ha acontecido, descolaban algunas jóvenes, que ora por su natural guiso y ora por su escrupulosa adhesión á los caprichos de la moda, se llevaban tras sí los ojos de todos, y aun el corazón de algun boquiabierto del siglo pasado, siglo ciertamente no el menos fecundo en ellos. Una entre tantas, la bella Rosita, si no brillaba sobre todas las demás hasta el punto de eclipsar tantos astros de gracia y de belleza, era por lo menos muy suficiente á dejar indeciso al mas entendido París de róseta y ebupa, si se viese forzado á adjudicar la manzana de la hamosura en la Alameda del Perejil. Llevaba pues nuestra Rosita, con quien es justo hagamos desde luego conocimiento especial, una estrecha y corta saya de red negra, á la que servía de viso otra, negra tambien, por supuesto, y ambas ceñidas de tal modo al cuerpo, ya por su corte y ya por la elasticidad de la red, que dejaban algo mas que adivinar unas formas verdaderamente andaluzas: tres anchos flecos de madroños pendían sucesivamente en orden progresivo; pero el mas bajo de ellos tenía muy buen cuidado de no ocultar una lustrosa media de seda, y mucho menos un pulido zapato del mismo color que el nombre de su dueño, primorosamente bordado de plata: de seda rosa era á su mismo el corto monillo de gran descole y espalda figurada, con dimensiones tales que hacia llegar el talle no mas de cuatro dedos por debajo del brazo: la manga oprimidísima y larga, con hombreras y bellotas negras, y ademas de lo mismo en el golpe de la bocamanga; relicario como un pastel, pendiente de una ancha cinta de raso: la mantilla, mas modesta que la saya, bajaba hasta los piés en dos prolongados y agudos picos, y en ellos formados lazos de cinta, igual en color á los demás cabos: esta misma subia formando ribete en uno y otro lado de la ya citada mantilla, que era de muselina blanca, bordada y bordada á la parte superior de la esbaza con un modo colosal, adornada de largos flecos de hilo de plata; el peinado, llamado entonces á lo nene, consistía en el pelo corto por delante, y dejado caer sobre la frente, á la que del todo cubria, con hábil mengua de la belleza inherente á aquella importante parte del rostro; pero tal cual se llevaba no era suficiente á ocultar los arqueados y movibles cejas, graciosos epítopos de un par de ojos árabes, cuyo único defecto consistía en el abuso que hacia su dueño de los singulares dobles con que los favoreció naturaleza, puesto que á fuerza de celebrárselos habia llegado á hacer de sus miradas tan mancebos y exagerado estudio, que ora altivas y penetrantes, ora lánguidas ó ora desdenosas, descubrían siempre un fondo de afectada imporbancia, que hubiera afeado tal cual vez aquellos ojos, á ser ellos menos buenos de lo que eran. Una boca cuyo sonrisa y cuyos dientes hacían perdonar algunas líneas de mas en sus dimensiones, formaba agradable maridaje con una regular nariz, cuyas facciones todas resaltaban bastante bien sobre unas mejillas algo menos que trigueros y muy ligeramente sonrojadas. En suma, Rosita, si no

era en todo y por todo semejante á la flor de su nombre, pudiera no obstante ser la gala y el adorno del mejor jardín de Andalucía.

Caminaba al pár de la vida una señora de respetable aspecto y cara de pocos amigos, que el menos liice hubiera desde luego calificado de madre, y así era en realidad. Su larga basquiña negra de moé, su talle bajo, su frente despejada, pelo recogido, castaña en la nuca y mantón guarnecido de blonda, le daban una apariencia muy análoga á las elegantes del día, salvó el uso de los polvos, con que la moda acudía entonces, á cubrir los estragos de las canas en la cabellera del bello sexo.

Aunque la aparición de dos personas mas donde tantas había, no parece dábiera ser asunto de alteriores consecuencias, ello es que el hado le había dispuesto muy de otro modo, según se verá en el curso de esta verdadera historia. Era pues el caso que entre los patímetres que suspiraban por la graciosa Rosita, había dos que por su tenacidad, ó si se quiere, por los mayores quilates de su amor, si bien diferentemente recompensado, merecen de suyo una mención especial en este capítulo. Era el primero el señor Currito, mojó maton, de poblada y negra patilla, grandes y rasgados ojos, fornida trenza de pelo y grueso puro en la boca; sujetaba su calzon corto de raso carmelita, adornado por la oscura de botones de filigrana, un cordón de tafeta amarilla, apenas cubierto por el rico chaleco de lana de plata; la corta y estrecha chaqueta, de la misma tela que el calzon, casi desaparecía bajo la plata de los alambres y la profusión de la botonadura, perfeccionando su adorno la hombrera del red sembrada de borlas y bellotas del ya citado metal; sufrió capa de seda color de fuego pendía de uno de sus hombros, recogida su estremidad bajo el brazo izquierdo. Un pañuelo amarillo, anudado negligentemente al cuello, y sobre la moña una montera cuyos numerosos caretes pendían sobre el ojo derecho de nuestro personaje, completaban su ajuar, bastante á declararlo por el prototipo de la majeza. El señor Currito era por otra parte un ser misterioso y como flotó del cielo; pero aunque aquel siglo fuese algo mas escrupuloso que el nuestro en punto á caballeros de industria, sin embargo, su buen vestido, su jaquetonería y algunas onzas de oro que tal cual vez hacia brillar oportunamente, abonaban su persona hasta el punto de haber hecho olvidar sus oscuros antecedentes.

El segundo aspirante era D. Pepito, petimetre de otra diversa categoría: su pelo castaño y cuidadosamente empolvado, terminaba en una corta y sutil coleta; el ancho frao de seda verde de tornasol se prolongaba por delante en dos larguissimas solapas, que casi llegaban hasta el ombligo, y por detrás, en un par de enormes faldones, cada uno como un blombó de tela: boton redondo y de gran calibre, chaleco de seda color de junquillo bordado, calzon corto con charretera de oro, y hebillas en el zapato, de oro tambien. Llevaba en la cabeza un sombrero cónico, de los llamados entonces de copa alta, si bien no excedena de ocho á diez dedos, de los cuales casi la mitad ocupaba la cinta que se dejaba ver sobre su estrecha ala. Dos relojes con anchas cadenas de oro terminadas en varios primorosos dijes pendían á uno y otro lado de la pretina, y con tal equipaje pudiera este considerarse como el *tu autem* de la pelimetrería, como el otro era ya el *non plus ultra* de la majeza. El vestido por otra parte no pudiera haberse hecho para persona mas á propósito: D. Pepito, de veinte años de edad, con regulares ojos pardos, mas grandes que interesantes, y una figura en general mas bien buena que mala, reunia entonces condiciones suficientes para no juzgar como exceso de amor propio el atreverse á la conquista de una moedicha bonita, pero no rica; pues aunque la viuda Doña Estefanía, madre de Rosa, disfrutaba á Dios gracias de un decente y aun cómodo pasar, no se hallaba en el caso de dar á su hija dote alguna; y esto, en tiempos tan mercantiles como aquellos, era no leve dificultad para hallar novio por ante el cura.

Ajudando pues el roló hilo de nuestra historia, diremos que de ella no se colige que Rosita hubiese hecho sitio jamás en las importunidades de D. Pepito: sus fiernas miradas, confundidas con las de tantos otros, no habian obtenido ni aun el triste consuelo de haber sido reparadas por el dulce objeto á quien se dirigían; y si esto hasta cierto punto pudiera ser originado por un efecto del hábito en producir tales sentimientos, forzosa es confesar que otra causa mas poderosa influía en la conducta de la graciosa niña. Los mirados obsequios del señor Currito (á quien se suponía ni aun por juzgarlo así mas en armonía con su majeza) habian llegado á interesar el corazón de Rosita; cosa á la cual contribuía poderosamente la tenaz y sistemática oposición de Doña Estefanía. Merced á esto, ni una palabra, ni siquiera un billete habia logrado entablar entre ambos unas relaciones vigorosamente combatidas por la autoridad materna; autoridad algo mas despótica y algo mas acalorada entonces que ahora.

Como consecuencia precisa de estos antecedentes, desde luego se imaginan mis lectores que los ojos de Doña Estefanía centelleaban de cólera al ver al osado galán, cuyas correspondidas miradas acabaron de dar al traste con su escasa paciencia: no pudiendo vengarse en ambos, fácil es suponer que la nube descargó exclusivamente sobre la vi-

luda que tenia á su disposición, y volviéndose á ella le dijo con tono acre y destemplado:

—¿Qué es esto, niña, es posible que ese mono pardiario ha de ser nuestra sombra en todas partes?

—¿Y cómo puedo yo remediarlo? contestó Rosita, evadiéndose de la verdadera inculpación.

—Si V. no puede remediarlo, yo lo remediaré. Vamos á casa, replicó alterada la madre.

Oí vosotras, las que tenéis novios y las que no los tenéis, si tales palabras en iguales circunstancias habeis oido, si habeis visto perder con ellas las ilusiones de vuestro tocador y el tiempo empleado en vuestro adorno; vosotras sois las que podéis comprender lo que pasó en aquel punto por la casi insurreccionada hija: resistióse con mas valor que fortuna; pero al fin, vencida por el último argumento, que fué un pellizco digno de una bruja, enfiló tristemente por la plaza de la Cruz de la Verdad, no sin arrojar antes una mirada de amor y de resignación á su amante, que pastaba de ira al ver aquel abuso del poder doméstico.

Hemos visto cómo Doña Estefanía, no pudiendo vengarse en el verdadero agresor, descargó su rabia sobre quien tenía mas á mano. Este mismo principio, tan inherente á la naturaleza humana, produjo iguales resultados en el burdo amante, el que molino además por las persecuciones de D. Pepito, se dirigió hácia él, y dándole con la mano en el hombro, le saludó diciendo:

—Mocito... palabra.

Apartados pocos pasos de allí, le contestó el interpolado:

—¿Se lo ofrecía á V. algo?

—Algo; el señor. Esa moza es prenda para mí, y no para V.; así le advierto que no la mire, porque no quiero yo.

—¿Y con qué derecho me hace V. á mí prohibiciones? replicó Don Pepito. Sepa V. que haré lo que me parezca, y escuse en adelante advertencias impertinentes.

La niña estaba muy cargada, y furiosamente habia de reventar; así fué que no bien nuestro jaque oyó las terminantes palabras de su adversario, cuando haciéndose algunos pasos atrás, envió la capa en el brazo izquierdo, sacó con la derecha una navaja, le abrió con los dientes, y echando fuego por los ojos, saltó sobre su enemigo, el que, enarbolando un grueso baston, se preparaba á la defensa. Entre tanto algunos curiosos, atraídos por las primeras palabras, se dirigian apresuradamente hácia el sitio, y entre ellos un respetero, muy comun entonces en los paseos, quien asustado al ver brillar el hierro, y aturrido por su propio miedo, creyendo huir del peligro se metió entre ambos contendientes, lo que dió ocasion á que el señor Currito, al dar el salto mortal sobre su víctima, tropezase con el escudo, y viniese al suelo entre rosquetes, almendrados y mostachones. No se descuidó el caballero del fornido palo, y asistiendo á dos manos iba á descargar sobre la cabeza del caido, que oncedada en la capa no acertaba á levantarse, cuando alzando repentinamente la vista, se quedó como inmóvil y petrificado; arrojó lejos de sí el baston homicida, y dió á correr por el campo, hasta que guarecido por el callejon de Santa Rosalia, desapareció á poco entre las sucias callejuelas del Campillo de los Cochas.

(Continuará.)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA CASA DEL AMORCADO.

TRADICION-

I.

Dividida tenían á Castilla las parcialidades de D. Pedro, llamada el Cruel, y de su hermano D. Enrique. Apenas habia una ciudad que no hubiese tomado una parte activa en la guerra, que mas ó menos declarada sustentaban los dos hermanos.

Gran parte del pueblo se inclinaba á D. Pedro, porque sus actos de estrepitosa justicia le habian dado á conocer como irreconciliable enemigo de la nobleza; y esta, por su parte, conociendo que las intenciones del rey eran robustecer por todos los medios el poder de su trono, á costa del poder feudal, se declaró con cortas escepciones por Don Enrique, que con tal de ceñir la corona, prometiera á los nobles franquicias y privilegios, que mas tarde al cumplirlas le granjearon el título de D. Enrique el de las Mercedas.

A pesar de esto, habia ciudades amigas de D. Enrique, y nobles acérrimos partidarios de D. Pedro: esta consistia las mas veces en que algunos señores adquirieran sobrado ascendiente sobre sus conciudadanos para dirigidos á su anhelo, al paso que otros, desde el principio de la legitimidad, veían en D. Pedro el único verdadero representante de la autoridad real.

Una de las ciudades declaradas por D. Enrique era Ubeda, plaza fronteriza y muy importante en aquella época, porque además de su posición en la cumbre de la famosa Loma, desde donde domina los dos ríos que corren al pie de esta, había llevado con glorias varias veces su bandera hasta la misma vega de Granada.

El mas poderoso de los señores de la ciudad era D. Rodrigo de Chaves, caballero de antiguo solar y cuantiosas riquezas, el cual con el prestigio que estas le daban, y con el apoyo de sus vasallos y colonos, imponía sus leyes en aquella tierra. Enemigo de D. Pedro y partidario por consiguiente del de Trastámara, hizo que no solo la ciudad, sino los lugares del contorno abrazaran la causa de D. Enrique.

Solo se atrevió á resistir sus órdenes un noble doncel del rey que obtuviera de este la merced de un pequeño castillo á una legua de Ubeda, y al que se le daba el modesto título de *La Torre*. Mas tarde dió nombre su alcáide á la reducida fortaleza, y hoy es el de una villa fundada á su pié, conocida con el nombre de *La Torre de Pero Gil*.

Era este doncel querido en extremo por el corto número de sus vasallos, los cuales, viéndole declararse por el rey y conociendo los peligros de que se hallaba rodeado en tierra enemiga, espuesto al furor de los defensores de D. Enrique, y sobre todo al del implacable D. Rodrigo, tenían á cada instante por su vida, y mas aun cuando los centinelas le veían en las altas horas de la noche montar en su caballo favorito, y mandándoles bajar el puente, tomar á galope el camino de Ubeda. Diversos comentarios se hacían en La Torre sobre aquellas salidas nocturnas: quién decía que Pero Gil tenía inteligencias secretas en la ciudad, y con las cuales esperaba lograr en aquella comarca el triunfo de las armas del rey; quién que iba á verse con D. Rodrigo de Chaves, seducido por las promesas que este le hiciera en nombre de D. Enrique; y no faltó un soldado viejo que dijo, que todo el secreto consistía en que una hermosa dama le esperaba tras de misteriosa celosía.

Sentados estos preliminares para inteligencia de lo que sigue, damos principio á nuestra historia.

En una de las habitaciones de La Torre, alumbrada con una lámpara de hierro, á cuyo reflejo brillaban las armaduras de la guarnición, colgadas simétricamente á lo largo de las paredes, se paseaba Pero Gil á paso lento, con la cabeza inclinada sobre el pecho y mostrando en la irregularidad de su marcha lo absorto que se hallaba en sus meditaciones. Profundas arrugas cruzaban su frente, sombreada por negra cabellera, y con los ojos clavados en tierra y los brazos achados á la espalda, revelaba que alguna cosa importante le sucedía, ó que algun vasto proyecto estaba resolviendo en su mente. Era un hombre como de treinta años, de alta estatura y erguido talle, y que había atraído mas de una mirada de las damas de la corte, cuando montado en su soberbio corcel paseaba al lado del rey por las calles de Sevilla: citábase entonces por el mas alegre, así como de las apuestas de los cortesanos de D. Pedro; y mas de una vez le buscó para llevarle donde una hermosa dama le aguardaba. Mas aquella época de placeres deba haber concluido para él, porque en sus facciones se advierte una gravedad impropia del andar galanteador, y una nube de tristeza y de inquietud ha borrado ya de su rostro la alegría de sus primeros años.

—Esta noche está mas agitado que otras veces, se dice á sí mismo un viejo soldado que le observa y que tiene vivísimos deseos de preguntarle, mas que contiene su lengua temiendo incomodar á su señor. A fé, continuaba en sus adentros, que cada día le encuentro mas cambiado. Desde que el rey le concedió este castillo, en el cual nos hallamos como en una ratonera, no sé qué pensamientos le asaltan... Oh! si su padre, que Dios guarde en el cielo, viese que D. Pedro dudaba de la fidelidad de su viejo servidor, jamás se lo perdonaría... ¿qué diablos! yo voy á preguntarle: nunca se ha enojado conmigo, y menos lo hará ahora, si conoce que mi curiosidad es hija de mi celo.

—Señor, dijo alzando la voz, si es incomoda por lo que voy á preguntaros, mandad á los ballesteros que me liven por la muralla abajo; pero no me tengais mas tiempo en esta incertidumbre.

—¿Pues qué sucede, Hernando? dijo parándose el caballero.

—¿Qué sucede? que neultais un secreto al mas fiel de vuestros vasallos: que vais de noche á la ciudad sin dejar que os acompañe el viejo Hernando, para defender vuestra vida ó para morir con vos si fuese necesario.

—Gracias, Hernando, ya sé tu fidelidad y el seso que me tienes.

—Ya; pero eso no explica...

—Pues bien, escuchad mi secreto: es la primera vez que sale de mis labios; pero sé que puedo confiarle.

—Ahora es cuando me habeis justificado.

—Hay en la ciudad una mujer hermosa, Hernando, sobre todo en crecimiento, discreta cual ninguna y pura como el alma de mi madre: si vi una vez, y desde entonces quedó mi destino unido al suyo para siempre.

—La habeis hablado?

—Un día tuve esa dicha: llegué á ella con el mismo respetuoso temor con que un vasallo fiel se presenta á su rey; pero aunque tem-

blando, articulé mi lengua algunas palabras que la mostraron lo que en mi corazón sentía.

—¿Y ella correspondió á vuestro cariño?

—Ella es un ángel, Hernando, que ha mandado Dios á la tierra para hacerme conocer la felicidad. Apenas llega la noche, salvo con un galope de mi caballo el espacio que me separa de la ciudad, y entrando por un postigo que me franquea un centinela; á quien gané mi oro, voy al pié de la reja donde me aguarda Elvira, cada vez mas amorosa y mas resuelta á ser mía.

—Pero entonces, ¿por qué esa inquietud?

—Porque ahora ha dado en galantearla D. Rodrigo de Chaves: no temo que me arrebathe el corazón de Elvira; pero es poderoso, al paso que yo no poseo mas que este castillo, debido á la generosidad del rey. Si su madre le obliga á dar su mano á mi rival...

—Otro mayor mal temo yo.

—¿Cuál pueda ser mayor?

—D. Rodrigo os odia de muerte porque habeis permanecido fiel á D. Pedro, y si supiese vuestros amores...

—Ojalá que viniese á buscarme! mi espada me libraría entonces de un rival aborrecido.

—Si os buscara solo nada temeria por vos; pero acompañado de sus gentes...

Interrumpe la conversacion un ruido precipitado de pasos, y un instante despues se presenta en la puerta de la estancia un hombre, que entrega un papel á D. Pedro, diciéndole al mismo tiempo que una dama se habla azomado á su reja, y le habia suplicado que sin demora lo entregase al señor de La Torre.

Abrió D. Pedro la carta, y la mas viva sorpresa, mezclada con ira, dolor é inquietud, se pintó sobre su rostro. A las repetidas preguntas de Hernando contestó leyendo con voz sofocada:

«D. Rodrigo ha penetrado en mi casa con sus gentes con ánimo de robarme: lo conseguirá, porque me encuentro sola y sin amparo; me ha concedido algunos momentos para que me decida á aceptar de grado su amor: yo lus he empleado en escribirlo para que sepas que, cualquiera que sea mi suerte, será siempre tuyo el corazón de tu fiel

ELVIRA.»

—A caballo, Hernando, á caballo gritó D. Pedro despues de haber leído la carta; que se reúnan todos mis soldados: queda abandonado el castillo, no importa, libremos á Elvira castigando á su infame raptor.

Un instante despues las gentes de La Torre, con Pero Gil á la cabeza, corrían á rienda suelta por el camino de Ubeda.

II.

Existía á tres leguas de Ubeda, sobre una alta sierra que se eleva á la orilla del Guadalquivir, un antiguo castillo feudal, cuyas ruinas recuerdan al vulgo pavorosas consejas de hechos sucedidos en aquella fortaleza. Llamábase el castillo de Gil Ibañez, y su dueño estaba ligado á D. Rodrigo con los lazos de la amistad, tanto por la semejanza de sus caracteres, cuanto porque ambos abrazaban el mismo partido en las revueltas de Castilla.

Medio desmayada y vertiendo un mar de lágrimas, estaba Doña Elvira en una de las mas apartadas habitaciones de aquella fortaleza.

Su roto vestido, sus cabellos destrenzados y la descomposicion del hermoso semblante, mostraban bien claro la lucha que habia sostenido, antes que su raptor lograse separarla del lado de su madre.

Lloraba la infeliz en silencio, mientras D. Rodrigo, de pié delante de ella, miraba uno por uno todos los encantos de la hermosa jóven; y ni le conmovian sus lágrimas, ni salía de sus labios una palabra de disculpa por su indigna conducta, ni de consuelo para su pobre víctima.

Interrumpian tan solo el silencio de aquella escena los sollozos de Elvira, ó el crujir de las armas de D. Rodrigo, si impaciente se paseaba por la habitación.

Al fin Elvira, con voz entrecortada por los sollozos.—Señor, exclamo; por lo mas sagrado que venerais, por el recuerdo mas querido que conservais en vuestra alma, os ruego que me volvais al lado de mi madre.

—Accede á mis deseos, Elvira; sólo á este precio conseguirás la libertad.

—Jamás, señor, jamás! Habeis podido separarme de una madre querida, arrancarme violentamente de mi casa; pero lo que no conseguiréis nunca, será que Elvira olvide los santos deberes que la han enseñado.

—¿No sabes que lo que de grado no se consigue, suele lograrlo la fuerza?

—No temo la vuestra, D. Rodrigo, porque Dios me concederá la suficiente para arrojarme en el abismo que hay debajo de esa ventana: mirad, no tiene hierros: encontraré una muerte segura; pero me libraré

de la deshonra que me preparais; y la infeliz señalaba orgullosa el abismo que tenía delante.

—¿Qué poco me conoces! la dijo D. Rodrigo con indefinible sonrisa: ¿crees que hubiera yo arriesgado mi reputación, convirtiéndome en raptor de una mujer, á no estar muy seguro de mi triunfo?

—¿Pero vos no contáis con que hay un Dios, que me ha inspirado la resolución de preferir la muerte á la afrenta?

—¿Acaso cuentas tú con el castellano de la torre?

—¿Cómo! sabéis?...

—Pero eso doncel que al pie de tu reja escuchaba por la noche tus amorosos juramentos, no tardará mucho tiempo en estar en mi poder. A haber yo sabido antes sus amores...

—Pues bien, D. Rodrigo, le amo, le amo á él solo, lo entendeis? Nada podrá hacer que olvide los juramentos que le hice; y él, estád seguro, sabrá librarme de vos, ó vengarme á lo menos.

—Ya verás la suerte que le preparo el día en que obteniendo la victoria las armas de D. Enrique, quede libre Castilla del tirano que la deshonra. En cuanto á ti, Elvira, creeme: renuncia á un amor imposible, antes que llegue un tiempo en que tengas que recordar con dolor cuanto te hubiera importado tenerme por amigo.

—Ya os he dicho que desafío vuestro poder.

—Señor, señor, entró gritando apresurado un escudero: Pero Gil ha entrado en Ubeda por la traición de un centinela, proclamando á D. Pedro, y buscáudos por todas partes: su furor no ha tenido límites al ver que no os hallaba, y mientras os encuentra, para saber, según dice, su venganza, ha mandado á sus gentes, que para que no quede ni memoria de vuestra raza, peguen fuego á todos los archivos de la ciudad.

—Y lo han hecho?

—Todo ha quedado reducido á ceniza.

—Partamos, Sancho, gritó D. Rodrigo temblando de cólera: Ordóñez se quedará para guardar á la cautiva. Vuélvese hácia Elvira para lanzarle su última amenaza, y ve que está vacío el vaso de agua que su víctima tenía delante. Devorada por la sed, había apurado hasta la última gota.

—Sancho, dice entonces, parte á Ubeda con mis gentes, que yo hago falta aquí todavía.

Y un rayo de feroz alegría brilló en los ojos de D. Rodrigo.

III.

Dos días han transcurrido desde que Elvira, arrebatada de su casa, fué conducida al castillo de Gil Ibañez, y en solo dos días, ¡qué mudanza se nota en sus facciones, descompuestas por el dolor y la desesperación! Qué le ha sucedido? D. Rodrigo ha cesado de atormentarla, porque ha salido con sus gentes en busca de su rival. Sin embargo, la cautiva llora noche y día, y en la expresión de sus ojos hinchados por el continuo llanto, se ve que no abriga la menor esperanza.

Acaba de ocultarse el sol: las sombras de la noche principian á ostentarse por el valle, y Elvira, sentada junto á la ventana de su prisión, mira sin ver el pais que despliega ante sus ojos su hermosa perspectiva. En vano se ofrecen á su vista los limpios contornos de Sierra-Morena, que eleva sus montes de caprichosa forma bajo el purísimo cielo de Andalucía; nada llama su atención, absorta como está en sus penosas meditaciones.

Animase sin embargo sus ojos, al ver un hombre que va trepando penosamente por las rocas que sirven de base al castillo. La distancia y la falta de luz la impiden conocer al atrevido que desafía la muerte en aquel espantoso precipicio; pero cuanto mas se va acercando, palpita su corazón con mas violencia.

Reconoce por fin á su amante en el momento en que llegando al pie de la reja la tira una escala con espresiva soga. Elvira la ata en oblicua y geométrica de un temblor convulso. Ni la mas leve expresión de alegría se ha dibujado en su rostro, que se ha vuelto livido desde el momento en que ha reconocido á D. Pedro. Pocos instantes después se hallaba este á su lado.

—Elvira mía! exclamó con voz solocada por la felicidad: por fin te encuentro.

De corrido hasta ahora en vano por estas comarcas: dos días y dos noches te he estado buscando sin cesar, y mi desesperación crecía al ver que no te hallaba; pero el cielo, compadecido de nosotros, me ha guiado cerca de tí.... Oh! contempla mi ventura, y conoce ahora cuanto te amo!

Escúchale Elvira sin pronunciar una palabra: su mano permanece helada entre las de D. Pedro, que se la estrecha con efusión.

Al fin conoce este aquella mudanza, y la reconviene dulcemente porque no corresponde con otros iguales á los transportes de su alegría y su ternura: ella sin embargo permanece silenciosa y abatida, aunque cada vez mas agitada: vagas palabras se escapan de sus labios, pero no satisfacen la ansiedad del fogoso amante. Piérdese este en con-

jeturas, y de pronto, herido por una idea que le aterra, Dios mío, exclama; se ha vuelto loco!

—¡Ojalá! contesta Elvira saliendo de su estupor: la locura suele ser un bien, porque borra de la mente los recuerdos.

—¿Pero qué recuerdos debes tener, cuando esa escala nos abre el camino de la libertad? Mucho habrás padecido, mi pobre Elvira, pero ven, voy á llevarte en mis brazos hasta donde el noble Hernando nos aguarda; dos horas nos bastarán para llegar á La Torre, y en ella un sacerdote me dará el derecho de llamarte mía ante Dios y los hombres. No temas que alcance hasta allí el poder del miserable Chaves. ¡Ay de él si se atreve á acercarse al sitio donde vive mi Elvira!

—Escuchad, D. Pedro: nada me preguntéis; pero existe en mi corazón un secreto que lo está haciendo pedazos: secreto que á nadie revelaré... Huid solo antes que os descubran, y tenga yo que llorar un doble infortunio... Huid, D. Pedro; pero antes de acusarme porque no os sigo, sabed que os amo mas que nunca: sabed que si no acepto vuestros juramentos, es porque el destino conjurado contra nosotros nos veda toda felicidad.

—Elvira!

—En fin, continuó la jóven haciendo un penoso esfuerzo sobresaí misma: olvidad si podéis á la mujer que tanto os ha amado... Los sueños de ventura que algun tiempo acariciaron mi mente, se han desvanecido para siempre: los recuerdos de nuestros purísimos amores servirán solo de hoy mas para atormentarme... Se han roto los lazos que nos unían: todo ha concluido entre nosotros!

Un rayo que hubiese caído los pies del doncel, no le dejara mas aturrido; mas reponiéndose un momento despues, pregunta, suplica, impertuna á Elvira para que le revele la causa de tan terrible resolución. Todo en vano: Elvira guarda un tenaz silencio, y en la expresión de sus ojos, cargados de lágrimas, muestra cuánto la atormentan las palabras de su amante. Este, desesperado ya, empieza á creer que la cautiva ama á D. Rodrigo, y entonces no tiene límites su ira: en el exceso de ella la prodiga los mas odiosos epítetos; pero la mirada de Elvira le hace bajar los ojos, y arrodillado vuelve á suplicarla. En fin, viendo que no puede vencer aquella resistencia:

—Oye, dice, mi última resolución: voy á llamar para que vengan las gentes del castillo; acaso alguno sepa tu secreto, y á costa de mi vida saldré de la ansiedad que me atormenta.

Y su mano tocaba ya la puerta de comunicacion.

(Concluirá)

FRANCISCO AGUILAR Y LOÑA.

FIESTAS DE TOROS EN EL SIGLO XVII.

Las fiestas de toros fueron prohibidas por la corte romana en el siglo XVI: cosa que habían solicitado con vivas ansias muchos teólogos insignes, por considerar este espectáculo como sanginario, cruel, y sobre todo *gentílico*.

Peró al cabo de ocho ó diez años, el papa Gregorio XIII levantó la prohibición, dando permiso para las corridas de toros, con tal que no se hiciesen en domingos y días festivos, sino solamente en aquellos que estaban señalados para solemnizar de este modo á tal ó cual santo por voto de los ayuntamientos. De forma, que el lidiar toros en aquellos siglos de falsa piedad se tenía por materia de devoción y de descargo de las conciencias. Por voto de la villa de Madrid, corrianse toros en el día de San Isidro, y así en los de otros santos en las demás poblaciones de España.

Entónces no había edificios construidos espresamente para este festejo, y por eso se hacía en las plazas principales de las ciudades: para lo cual mandaban levantar los ayuntamientos multitud de palenques y tablados.

Lo poco seguro de estos y lo mal acondicionados, daba lugar en muchas ocasiones á casos desgraciados y aun estragantes. Sirva de ejemplo lo que dice Jerónimo Cortés en su *Tratado de los animales terrestres y volátiles* (Valencia, 1669):

«En el año de 1561 sucedió un caso notable en un buey, y fué que habiendo juego de toros en una villa del reino de Valencia, llamada Pego, sacaron á uno para correr en la plaza, en donde hay una escalera muy ancha, por la cual suben á la sala que dicen de los jurados. Y en esa escalera se retraen muchos de los que corren toros. Habiéndose pues ambravecido el dicho buey, huyeron algunos á la escalera, y subiendo por ella entraron hasta la sala de los jurados, y el animal tras de ellos persiguiéndolos. Uno de los fugitivos se acogió á una ventana, y asiéndose del bastimento mas alto, se estaba colgado, teniendo el cuerpo medio fuera y medio dentro. Viéndolo allí el animal, arremetió con furia para derribarlo; pero el hombre saltó los pies y el

cuerpo para arriba, con lo cual el buey cayó por la ventana abajo quebrándose las piernas.»

Esto refiere Gerónimo Cortés entre otros muchos lances semejantes, ocasionados por las poquimas precauciones que se tomaban en las plazas de toros para la seguridad de los espectadores y de los que habían de lidiar las fieras.

Hoy solo se acostumbra correr ocho toros: entonces entraban cuarenta en las plazas y casi todos morían. La mitad se corrían por la mañana y la otra mitad por la tarde (1). Este número de toros sería excesivo para el modo con que en nuestros tiempos combaten los toreros á los animales mencionados. Pero en aquellos, donde la gala y bizarria de los caballeros estaba en dar presta muerte á los toros, el número de cuarenta para el festejo era á la verdad muy corto.

Los lances, ya desdichados, ya ridiculos, que acontecian á los caballeros que entraban en las plazas á correr toros, daba casi siempre ocasion á las habillitas y murmuraciones del vulgo, y muchas veces á las picantes sátiras de los poetas. Cuéntanse del conde de Villamediana muchas harto donosas. Una vez entró en la plaza de Madrid cierto caballero, de quien los maldicientes decían que era descendiente de judíos. A este pues lanzó en presencia de muchas personas el epigrama que sigue:

«¿Ves aquel que viene allí
del tribu de Zabulon?...
¡Qué mal que trae el rejon!
la lanza y la esponja sí.»

Otras veces el mismo conde perseguía con sus sátiras mordaces á los alguaciles de corte, que corrían á caballo las plazas. De uno de estos, llamado Vergel, decia en cierta ocasion:

«¡Qué galán que entró Vergel
con cintillo de diamantes!
diamantes que fueron antes
de amantes de su muger.»

La impericia de los alguaciles que por obligación habían de asistir á la plaza, daba lugar varias veces á embestidas de los toros, de las que en pocos casos salían bien parados, pues ignoraban ciertamente el arte de pelear á caballo con tales fieras. En algunos lances la fortuna se ponia de parte de ellos, y los sacaba no solo á paz y á salvo, sino también saliendo del peligro con honra, y escarmentando á los toros. A cierto alguacil, vencedor de uno de estos, compuso el mismo conde de Villamediana, con su mordacidad inimitable, la siguiente poesia, inédita hasta ahora:

Á D. PEDRO VERGEL, ALGUACIL DE CORTE.

«Fiestas de toros y cañas
hizo Madrid á su rey,
y por justísima ley,
llenas de ilustres hazañas.

La suma de todas ellas
con ardimiento gentil,
engrandeció un alguacil
con mil circunstancias bellas.

En el caballo novel,
valiente, bravo y furioso,
se ha presentado en el coso
florido como un Vergel.

Sus galas son peregrinas;
porque le hacen contrapeso
á martinetes de hueso,
cintillo de cornerinas.

Miró al toro con desden
Vergel, y el toro repara
que ve con cuernos y vara
un retrato de Moisen.

Duda el toro en la batalla,
y no sabe en tanto aprieto
si ha de guardar el respeto
al rey de la cornualla.

El toro tuvo razon
de no ósar acometer;
pues mal pudo él oponer
dos cuernos contra un millon.

Mal gobierno fué por Dios,
sabiendo que se embaraza

la fiesta, echar en la plaza
los toros de dos en dos.

No causes tan grande inopia
al mundo, toro cruel;
que si matas á Vergel,
destruirás la cornicopia.

Peró no saldrás con lauro:
huye, toro, que te atajan,
mira que sobre tí bajan
Aries, Capricornio y Tauro.

Guarda, Vergel, el decoro;
que la presencia del Rey,
al que antes fué manso buey
ha trocado en bravo toro.

De otras armas te aperche,
toro, para tu defensa,
que á Vergel no hacen ofensa
cuernos, pues con ellos vive.

Arremetió el toro infiel
á Vergel, que con destreza,
por cima de la cabeza
le dió la vuelta á Vergel.

Lleno de coraje acerbo
se levanta y mete mano:
animoso, si no ufano,
y ligeró como un ciervo.

Conseguirás lauro eterno,
Vergel, con sumo tesoro:
pues venciste toro á toro,
peleando cuerno á cuerno.

Por Dios que admiro el indicio
en enemistad tan grave,
si nó es lo que el mundo sabe,
que son ambos de un oficio.

Su político gobierno
honor en los hombres labra:
en todos por la palabra,
pero en Vergel por el cuerno.

Mercedes esperar pudo
con que á todos se anteponga
Vergel; pues le dan que ponga
el mismo *Tauro* en su escudo.

De estos peligros eternos
cuál sea el mas grave ignoro,
verse en los cuernos del toro,
ó en el toro de los cuernos.

En ocasion oportuna
anduviste, Vergel, hombre,
y colocaste tu nombre
en los *cuernos de la tuna.*

Con respecto á las fiestas de toros, tales como se usaban en el siglo XVI, no nos parece fuera de propósito insertar en este lugar lo que refiere Francisco Nuñez de Velasco en sus *Diálogos sobre contencion entre milicia y ciencia* (Valladolid, 1614):

«Muley Amida, rey de Tunez, habiendo visto en Valladolid un juego de cañas y toros que de propósito se hizo para alegrarle, dijo que *para burla le parecia veras, y para veras burlas.*»

ADOLFO DE CASTRO.

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

(1) Véase la obra de D. Francisco Santos, intitulada *La tarasca de parto en el meson del infierno, y dias de fiesta por la noche.*—En Valencia, por Francisco Antonio, año de 1696.